

10° DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO



La Palabra de Dios de este décimo Domingo del tiempo ordinario repite, con insistencia, que Dios prefiere la misericordia al sacrificio. La expresión debe ser entendida en el sentido de que, para Dios, lo esencial no son los actos externos de culto o las declaraciones de buenas intenciones, sino una actitud de adhesión verdadera y coherente a su llamada, a su propuesta de salvación. Ese es el tema de la liturgia de este domingo.

En la **primera lectura**, el profeta Oseas pone en evidencia la sinceridad de una comunidad que procura controlar y manipular a Dios, que no está verdaderamente interesada en adherirse, con un corazón sincero y verdadero, a la alianza. Los actos externos de

culto, incluso los fastuosos, no significan nada, si no hay en ellos amor (tanto el amor de Dios como el amor al prójimo, que es la otra cara del amor a Dios).

En la **segunda lectura**, Pablo presenta a los cristianos (a aquellos que vienen del judaísmo y están preocupados por el estricto cumplimiento de la Ley de Moisés, y a los que vienen del paganismo) la única cosa esencial: la fe. La figura de Abraham es ejemplar: aquello que le convirtió en modelo para todos, que no fue las obras que realizó, sino su adhesión total, incondicional, plena, a Dios y a sus proyectos.

El **Evangelio** nos presenta una catequesis sobre la respuesta que debemos dar al Dios que llama a todos los hombres, sin excepción. El ejemplo de Mateo sugiere que lo decisivo, desde el punto de vista de Dios, es la respuesta sincera a su invitación a formar parte de la comunidad del "Reino".

PRIMERA LECTURA

Quiero misericordia y no sacrificios

Lectura del Profeta Oseas

6, 3b - 6

Esforcémonos por conocer al Señor:
su amanecer es como la aurora
y su sentencia surge como la luz.

Bajará sobre nosotros como lluvia temprana,
como lluvia tardía que empapa la tierra.

«¿Qué haré de ti, Efraín?

¿Qué haré de ti, Judá?

Vuestra misericordia es como nube mañanera,
como rocío de madrugada que se evapora.

Por eso os herí por medio de profetas,
os condené con las palabras de mi boca.

Porque quiero misericordia
y no sacrificios,
conocimiento de Dios
más que holocaustos.»

Palabra de Dios.

1.1. Ambientación

Oseas ejerció su ministerio profético en el reino del Norte (Israel), a partir del año 750 a. de C., en una época bastante agitada.

En términos políticos, es una fase marcada por la violencia, por la inseguridad y por el derramamiento de sangre. Los reinados son cortos y terminan, invariablemente, en revoluciones, asesinatos, masacres.

Por otro lado, el aventurerismo de los dirigentes y los juegos de alianzas políticas con las potencias de la época, causan gran inestabilidad, anuncian el desastre nacional y la pérdida de la independencia (lo que sucede algunos años más tarde, en el 721 a. de C., cuando Samaría es arrasada por Salmanasar V, de Asiria).

En términos religiosos, es una época de gran confusión. Expuesto a la influencia cultural y religiosa de los pueblos vecinos, Israel acoge diversos dioses extranjeros que cohabitan con Yahvé, en el corazón del Pueblo y en los centros religiosos. Se mezcla el yahvismo con los cultos de Baal y Astarté; aunque Yahvé continúa siendo, oficialmente, el Dios nacional, es, a nivel popular, bastante olvidado en favor de los dioses cananeos. Por otro lado, las alianzas políticas con los pueblos extranjeros significan que Israel ya no confía en Dios y que prefiere poner su confianza y su esperanza en los guerreros, en los caballos, en los carros de guerra de las súper potencias; de esa forma, Asiria y Egipto dejan de ser realidades terrenas y humanas, para convertirse, a los ojos de los israelitas, en los nuevos dioses, capaces de salvar. El pueblo pasa a confiar en ellos, prescindiendo de Yahvé.

Oseas siente profundamente el drama del sincretismo religioso que está poniendo en peligro la fe de su Pueblo. Su mensaje apela a que Israel no se deje dominar por la idolatría (la que Oseas llama "prostitución": el Pueblo es como una "esposa" que abandonó al "marido" para correr tras de los "amantes"). El profeta invita a su Pueblo a redescubrir el amor de Yahvé, siempre presente en la historia de Israel, y a responderle con una voluntad sincera de vivir en comunión con él.

1.2. Mensaje

En el inicio del capítulo 6, el profeta pone en boca del Pueblo una fórmula de arrepentimiento o de penitencia, probablemente tomada de la tradición cultural ("venid, volvámonos a Yahvé, pues él ha desgarrado y él nos curará, él ha herido y él nos vendará", Os 6,1). El profeta contempla esta expresión con una mirada irónica. ¿Por qué? ¿La conversión del Pueblo no es sincera? ¿Habrá, por parte del Pueblo, un deseo real de volver a Dios y de dejar definitivamente la idolatría?

Esta es la cuestión a la que Oseas se refiere en el texto que se nos propone hoy. El profeta parece tener dudas sobre la sinceridad de la "conversión" del Pueblo. Lo que

Israel dice es: "Conozcamos, corramos al conocimiento de Yahvé: cierta como la aurora es su salida; vendrá a nosotros como la lluvia temprana, como la lluvia tardía que riega la tierra" (v. 3). Esto parece más el resultado de una actitud calculadora de quien está convencido de que conoce a Dios perfectamente y es capaz de manejarlo y de manipularlo, que el resultado de una actitud coherente y sincera, de un deseo verdadero de "conversión".

Ante esto, ¿cómo reacciona Dios? El profeta describe algo así como una lucha interior en Dios. "¿Qué he de hacer contigo?", se pregunta Dios. Pero luego viene la respuesta: repitiendo las imágenes usadas por el Pueblo, Dios asume que no va a ceder, pues esa "conversión" de Israel es totalmente superficial y, por tanto, no pasan de ser palabras vacías ("Vuestro amor es como nube mañanera, como rocío matinal, que pasa", v. 4). Israel no está dispuesto a cambiar el corazón; sólo está dispuesto a "controlar" a Dios para recuperar la vida. Pero, si no se produce una verdadera transformación del corazón, el pregonado amor del Pueblo por Dios, no pasa de ser una piadosa declaración de buenas intenciones.

¿Cómo manifiesta Israel a Yahvé su voluntad de "convertirse"? ¿Es a través de una vida coherente con los mandamientos? ¿Es a través de un amor que le nace del fondo del corazón y que se expresa en gestos concretos de bondad, de justicia, de misericordia? No. El "amor" de Israel a Yahvé se expresa a través de ritos externos, de actos de culto. Sin embargo, los actos rituales (los "sacrificios") no significan nada, por sí solos; son solamente actos externos al hombre. No vale de nada un culto, aunque sea magnífico, si no surge de una actitud interior de amor y de la voluntad de comunión con Dios ("conocimiento de Dios").

El culto no puede ser un conjunto de ritos desligados de la vida, destinados a aplacar a Dios o a comprar su benevolencia; sino que tiene que ser expresión de una vida vuelta a Dios, vivida al ritmo de la alianza, en el respeto por Dios y por sus mandamientos.

Decir que Dios quiere "la misericordia ("hesed") y no sacrificios, conocimiento de Dios ("daat Elhim"), más que holocaustos" (v. 6), se inserta en esta lógica.

Significa que Dios no está interesado en rituales externos, aunque sean ricos y aparatosos, que no son expresión de los sentimientos que proceden del corazón; lo que le interesa a Dios, es un corazón que acepta verdaderamente vivir en comunión con él ("conocimiento de Dios"), y que es capaz de gestos concretos de amor, de ternura, de bondad, de misericordia ("hesed") en favor de los hermanos.

1.3. Actualización

La reflexión puede hacerse a partir de las siguientes cuestiones:

- ✚ El problema principal que aquí se nos propone es el de nuestra relación con Dios. Dios nos llama a vivir en alianza con él.
¿Cómo respondemos a la "llamada" de Dios?
¿Con una adhesión verdadera y sincera, que implica la totalidad de nuestra vida, o con un compromiso de "medias tintas", sin exigencia ni radicalidad?
- ✚ Como en una relación humana, también en nuestra relación con Dios la rutina, la monotonía, el cansancio, pueden desvirtuar el amor. Entramos, entonces, en un esquema religioso de respuesta a Dios, que se basa en gestos rituales, tal vez correctos desde el punto de vista litúrgico, pero que no son expresión de los sentimientos de nuestro corazón.
¿Mi oración es un repetir fielmente una cinta gravada de antemano, o es un momento íntimo del encuentro con el Señor y de respuesta a su amor?
¿La Eucaristía es, para mí, un ritual obligatorio, que cumplo diaria o semanalmente porque hay que hacerlo, o es ese momento fundamental de encuentro con el Dios que me da su Palabra y su Pan?
- ✚ El culto a Dios, sin el amor al hermano, no tiene sentido. Nuestro compromiso con Dios tiene que concretizarse en obras en favor de los hombres y en gestos liberadores, que lleven ternura, misericordia, vida a todos aquellos que Dios pone en nuestro camino.

Salmo responsorial

Salmo 49, 1.8. 12 - 15

**V/. Al que sigue buen camino,
le haré ver la salvación de Dios.**

**R/. Al que sigue buen camino,
le haré ver la salvación de Dios.**

**V/. El Dios de los dioses, el Señor habla:
convoca la tierra de Oriente a Occidente.
No te reprocho tus sacrificios,
pues siempre están tus holocaustos ante mí**

**R/. Al que sigue buen camino,
le haré ver la salvación de Dios.**

**V/. Si tuviera hambre no te lo diría,
pues el orbe y cuanto lo llena es mío.
¿Comeré yo carne de toros,
beberé sangre de cabritos?**

**R/. Al que sigue buen camino,
le haré ver la salvación de Dios.**

**V/. Ofrece a Dios un sacrificio de alabanza,
cumple tus votos al Altísimo
e invócame el día del peligro,
yo te libraré y tú me darás gloria.**

**R/. Al que sigue buen camino,
le haré ver la salvación de Dios.**

SEGUNDA LECTURA

Fue confortado en la fe por la gloria dada a Dios

Lectura de la carta del Apóstol San Pablo a los Romanos

4, 18 - 25

Hermanos :

Abrahán, apoyado en la esperanza,
creyó, contra toda esperanza,
que llegaría a ser padre de muchas naciones,
según lo que se le había dicho:

«Así será tu descendencia.»

No vaciló en la fe,
aun dándose cuenta de que su cuerpo estaba medio muerto
—tenía unos cien años—y estéril el seno de Sara.

Ante la promesa no fue incrédulo,
sino que se hizo fuerte en la fe por la gloria dada a Dios
al persuadirse de que Dios es capaz de hacer lo que promete,
por lo cual le fue computado como justicia.

Y no sólo por él está escrito: «le fue computado»,
sino también por nosotros a quienes se computará
si creemos en el que resucitó de entre los muertos,
nuestro Señor Jesús,
que fue entregado por nuestros pecados
y resucitado para nuestra justificación.

Palabra de Dios.

2.1. Ambientación

Cuando Pablo escribió a los romanos, le preocupaba bastante la amenaza de escisión de la Iglesia: los cristianos oriundos del judaísmo y los cristianos oriundos del paganismo tenían perspectivas diferentes sobre la salvación y parecía que estaban en camino de colisionar. Las crisis recientes en Corinto y en Galacia convencieron a Pablo de la gravedad de la situación.

¿Ese problema también se vivía en Roma?

En el año 49, un edicto del emperador Claudio obligaba a los judíos a dejar Roma; la comunidad cristiana quedará, entonces, totalmente en manos de los cristianos de origen pagano. Pero, entre el año 57 y 58, muchos judíos regresaron y la comunidad cristiana contaba, otra vez, con un grupo significativo de judeo-cristianos. Estos, al regresar, encontraron una comunidad cristiana con características diferentes de la que habían dejado, dirigida por cristianos convertidos directamente del paganismo y completamente emancipada en relación a las tradiciones judías. Es de suponer que los cristianos de origen judío no se sintiesen bien acogidos y que no se cohibiesen de criticar las nuevas directrices. La cuestión provocó una cierta inestabilidad en el comunidad.

Dirigiéndose a los romanos y a la Iglesia en general, el apóstol va a subrayar aquello que debe unir a todos los creyentes, judíos, griegos o romanos. Para Pablo, a pesar de la universalidad del pecado (en ese aspecto, judíos y no judíos están en plano de igualdad), Dios ofrece a todos, de forma gratuita, la misma salvación y hace de todos, en igualdad de circunstancias, sus hijos. Es por Cristo por quien esa salvación es ofrecida a los hombres. El cumplimiento de la Ley no salva, pues la salvación es un don de Dios. Al hombre le queda acoger ese don, en la fe (la fe es, en este contexto, entendida como adhesión a la propuesta de salvación que, en Cristo, Dios ofrece a los hombres).

Como ejemplo, Pablo presenta la figura de Abraham (cf. Rom 4,1-12). El apóstol demuestra que esa figura ejemplar para los judíos y paganos, no fue salvado por la Ley ni por las obras, sino por la fe. El texto que se nos propone, se inserta en este ambiente.

2.2. Mensaje

Pablo deja claro, con la argumentación sacada de la propia Escritura, por qué Abraham fue el depositario de la "promesa" y se convirtió en fuente de bendición para su descendencia. Según Pablo, Abraham se convirtió en una referencia fundamental para todos los creyentes, judíos y no judíos, no por haber realizado obras meritorias o por haber cumplido estricta y escrupulosamente la Ley, sino que Abraham se convirtió en modelo para todos por haber sido el "hombre de la fe" (esto es, por haber sabido acoger

el don de Dios y por haber sabido responder a él con entrega incondicional, con obediencia radical, con confianza ilimitada).

En el texto que se nos propone, Pablo describe la grandeza y la profundidad de la fe de Abraham. El ejemplo utilizado es, tal vez el más conocido y emblemático: a pesar de la edad avanzada de Abraham y de Sara, su esposa, el patriarca no titubeó, no pidió explicaciones, no dudó cuando Dios le anunció el nacimiento de Isaac.

El hecho da cuenta de la altura, de la profundidad, de la fuerza, de la heroicidad de la fe de un hombre que hace de su vida una entrega completa en las manos de Dios, que confió incondicionalmente en Dios, que esperó "contra toda esperanza" (v. 18). Estas últimas palabras son una expresión bíblica utilizada para definir la grandeza del hombre que reconoce que todo se lo debe a Dios y que se entrega incondicionalmente en sus manos.

Para Pablo no hay ninguna duda: no fueron las obras de Abraham, sino su fe (entrega, obediencia, confianza), lo que le convirtió en "el elegido" de Dios y en fuente de vida y bendición para sus descendientes.

La conclusión es clara: no son las obras que hacemos las que nos aseguran la salvación; sino que lo que nos asegura la vida plena y definitiva es la fe, esto es, una adhesión radical, confiada, ilimitada a la oferta de salvación que, en Jesús, Dios nos hace. La salvación no es una conquista del hombre sino un don de Dios, ofrecido gratuitamente por amor, y que el hombre es invitado a acoger con fe, con serenidad, con confianza.

2.3. Actualización

La reflexión puede hacerse a partir de las siguientes líneas:

✚ Este texto nos invita a tomar conciencia de aquello que debe ser lo esencial de nuestra experiencia religiosa.

Mantener una relación verdadera y fuerte con Dios no es, primordialmente, practicar todos los actos de piedad que conocemos o que inventamos, observar escrupulosamente los mandamientos de la santa madre Iglesia, o cumplir al pie de la letra cada párrafo del código de derecho canónico.

La "justificación" no está en la Ley, sino en la fe; por eso, nuestra experiencia religiosa debe ser un encuentro con ese Dios de amor, que nos ofrece gratuitamente la salvación; y, de ese encuentro, debe resultar un abrazar la propuesta de Dios, con total confianza y con total entrega.

✚ Si la salvación es siempre un don del amor de Dios y no una conquista nuestra, no se justifica ninguna actitud de arrogancia o de exigencia del hombre hacia Dios. Debemos aprender a ver todo lo que somos y tenemos, no como la retribución por nuestro buen comportamiento, sino como un don gratuito de Dios, don que nunca merecemos, por más "santos" que seamos. Ante los dones de Dios, nos queda la

alabanza y el agradecimiento, por un lado, y la confianza, la entrega, la obediencia, por otro.

- ✚ La reflexión de Pablo nos invita, en la misma línea, a corregir la imagen que nos hacemos de Dios. Él no es un comerciante experto, que paga con la mercancía que tiene en stock (la salvación) otra mercancía que nosotros le vendemos (nuestro buen comportamiento). Dios no necesita de nuestro buen comportamiento para nada. La salvación que él nos ofrece es algo totalmente gratuito, que procede de su amor infinito y de su voluntad de vernos plenamente felices y realizados.
- ✚ ¿Cómo respondo al don de Dios? ¿Con el orgullo y la autosuficiencia de quien no necesita de Dios para ser feliz y para realizarse? ¿Con la sagacidad de quien pretende negociar con Dios para obtener la salvación? ¿O con el reconocimiento de que la salvación es un don no merecido que, a pesar de todo, Dios me ofrece y me invita a acoger?

Aleluya

Lc 4,18

El Señor me ha enviado
para anunciar el Evangelio a los pobres,
para anunciar a los cautivos la libertad.

EVANGELIO

No he venido a llamar a los justos,
sino a los pecadores

† Lectura del santo Evangelio según San Mateo
9, 9 - 13

En aquel tiempo, vio Jesús a un hombre llamado Mateo
sentado al mostrador de los impuestos, y le dijo:

— Sígueme.

El se levantó y lo siguió.

Y estando en la mesa en casa de Mateo,
muchos publicanos y pecadores, que habían acudido,
se sentaron con Jesús y sus discípulos.

Los fariseos, al verlo, preguntaron a los discípulos:

— ¿Cómo es que vuestro maestro
come con publicanos y pecadores?

Jesús lo oyó y dijo:

— No tienen necesidad de médico los sanos,
sino los enfermos.

Andad, aprended lo que significa
«misericordia quiero y no sacrificios»:
que no he venido a llamar a los justos,
sino a los pecadores.

Palabra del Señor.

3.1. Ambientación

Nuestro texto forma parte de una larga sección, en la que Mateo sitúa a Jesús, con sus palabras y sus acciones, anunciando el "Reino". Esa sección va desde Mt 4,23 hasta 9,35.

En la primera parte de la sección (cf. Mt 5-7), Mateo presenta el "sermón del monte": en un discurso magnífico, Jesús presenta la "ley" y el programa de ese "Reino" que él vino a anunciar: es el anuncio del "Reino" por medio de las palabras.

En la segunda parte de la sección (cf. Mt 8-9), Mateo presenta el anuncio del "Reino" a través de las acciones de Jesús. El autor nos sitúa ante tres conjuntos de acciones o "milagros" de Jesús que hacen presente la realidad del "Reino" (cf. Mt 8,1-15; 8,23-9,8; 9,18-31); entre cada uno de esos conjuntos, aparecen reflexiones sobre el significado de los "gestos" de Jesús y llamadas a su seguimiento. Nuestro texto (cf. Mt 9,9-13), se inserta precisamente en este esquema: es una llamada al seguimiento de Jesús.

En resumen, tenemos en esta sección el anuncio del "Reino" con las palabras y con los gestos de Jesús. Las palabras de Jesús anuncian la llegada de ese mundo nuevo en el cual los pobres y los débiles recibirán la salvación de Dios; los gestos de Jesús muestran la realidad de ese tiempo nuevo de felicidad, de alegría, de liberación para todos. Los discípulos, evidentemente, son invitados a unirse a ese "Reino" que Jesús viene a anunciar y a convertirse en testimonios vivos de ese mundo nuevo.

El texto que se nos propone presenta dos episodios distintos. En el primero, tenemos la llamada del publicano Mateo (v. 9); en el segundo tenemos la descripción de un banquete, en casa de Mateo, y de una controversia con los fariseos (cf. vv. 10-13).

Los publicanos estaban catalogados como pecadores públicos notorios. Eran los cobradores de los impuestos que, además de estar al servicio del opresor romano, tenían la fama de que explotaban a los pobres. El lenguaje oficial los asociaba a los ladrones, a los paganos, a los asesinos y a las prostitutas. Los publicanos eran considerados, a todos los efectos, pecadores públicos, permanentemente afectados por la impureza y que ni siquiera podían hacer penitencia, pues eran incapaces de reconocer a todos aquellos a quienes habían defraudado. Los fariseos, muy celosos de su santidad, cambiaban su camino cuando veían a un publicano, para evitar encontrarse con él.

Eran, por tanto, gente marginada (a pesar de ser rica), impura, considerada como maldita de Dios y, por tanto, completamente al margen de la salvación.

Todo esto nos permite percibir lo inaudito de la situación provocada por Jesús: él no sólo llama a un publicano para formar parte de su grupo de discípulos, sino que

también acepta sentarse a la mesa con él (estableciendo, así, con él lazos de familiaridad, de fraternidad, de comunión). El comportamiento de Jesús es, no sólo atentatorio contra la moral y las buenas costumbres, sino también una verdadera provocación.

3.2. Mensaje

El relato de la vocación de Mateo (v. 9), no es sustancialmente distinto del relato de la llamada de los otros discípulos (cf. Mt 4,18-22): en cualquiera de los casos se habla de hombres que están trabajando, a quien Jesús llama y que, dejándolo todo, le siguen.

Los "llamados" no son "súper hombres", seres perfectos y santos, extraños al mundo, que están sobre las nubes, sin contacto con la vida y con los problemas y dramas de los otros hombres y mujeres; sino que son personas normales, que viven una vida normal, que trabajan, luchan, ríen y lloran. Sin embargo, todos son llamados al seguimiento de Jesús.

El verbo "sígueme" aquí utilizado, manifiesta la acción de "ir detrás" y define la actitud de un discípulo que acepta ligarse a un "maestro", escuchar sus lecciones e imitar sus ejemplos de vida.

Eso es, por tanto, lo que Jesús pide a Mateo. Mateo, sin objeciones ni petición de explicaciones, deja todo y acepta ser discípulo, con una adhesión plena, total y radical a Jesús y a sus propuestas de vida.

Mateo define, aquí, el camino del verdadero discípulo: es aquel que, en su vida normal, se encuentra con Jesús, escucha su invitación, la acepta sin discusión y sigue a Jesús de forma incondicional. A esta adhesión a la llamada de Dios se le llama "fe".

En el relato de la vocación de Mateo hay, por otro lado, un dato nuevo en relación con los otros relatos de vocación: es que aquí el "llamado" es un cobrador de impuestos. Ya sabemos que los cobradores de impuestos era gente marginada, excluida de la vida social y religiosa del Pueblo de Dios, catalogada como pecadora, y sin ninguna posibilidad de salvación y de relación con Dios. Jesús, sin embargo, pretende demostrar que, en la casa del "Reino", hay lugar para todos, incluso para aquellos que el mundo considera perdidos y marginados. Dios realiza una propuesta de salvación que llega a todos los hombres, sin excepción; y esa propuesta no distingue entre buenos y malos: es una propuesta que está destinada a todos aquellos que estén interesados en acogerla.

En la segunda parte de nuestro texto (vv. 10-13), tenemos una controversia entre Jesús y los fariseos, porque Jesús, después de invitar al publicano Mateo a formar parte de su grupo de discípulos (cosa inaudita, que ningún "maestro" de la época aceptaría), todavía "cae más bajo" y acepta sentarse a la mesa con los publicanos y pecadores.

El "banquete" era, para la mentalidad judía, el lugar del encuentro, de la fraternidad, donde los invitados establecen lazos de familia y de comunión. Sentarse a la mesa con alguien significaba establecer lazos profundos, íntimos, familiares, con esa persona. Por eso, el "banquete" es, para Jesús, el símbolo más apropiado de ese "Reino"

de fraternidad, de comunión, de amor sin límites, que él vino a proponer a los hombres (Mt 22,1-14; cfr. Mt 8,11-12). Al sentarse a la mesa con los publicanos y pecadores, Jesús está diciendo, de forma clara, que ha venido a presentar una propuesta de salvación para todos, sin excepción; y que en ese mundo nuevo, todos los hombres y mujeres (independientemente de sus opciones o decisiones erradas) tienen cabida. La única condición es que hay que sentarse a la mesa del "Reino" y estar dispuesto a aceptar esa propuesta hecha por Jesús.

Los fariseos (que están más preocupados por las obras, por los comportamientos externos, por el cumplimiento externo de la Ley), no entienden esto. Jesús les recuerda que *"no tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos"* (v. 12); y cita, a propósito, la frase de Oseas que encontramos en la primera lectura: *"misericordia quiero y no sacrificios"* (v. 13). Hay, en las afirmaciones de Jesús, una cierta ironía: los fariseos se creían justos y buenos, porque cumplían la Ley; pero, en la perspectiva de Dios, los "justos" no son los que están satisfechos consigo mismos y viven ensimismados en su autosuficiencia, sino que son todos aquellos que no se conforman con la triste situación en que viven, que están dispuestos a acoger el don de Dios y a unirse a su propuesta de salvación.

Para Dios, lo que es decisivo, por tanto, no es el cumplimiento estricto de las reglas, de las leyes y de los actos de culto; para Dios, lo que importa es estar dispuesto a acoger la propuesta de salvación que él hace y entregarse confiadamente en sus manos. Todos aquellos que, en su humildad y dependencia, están en esta actitud, pueden formar parte de la comunidad del "Reino" e integrar la comunidad de Jesús, la comunidad de la salvación.

Dios llama a todos los hombres sin excepción. Los que se consideran buenos y justos, frecuentemente suponen que no necesitan de la ayuda de Dios, pues ellos merecen, por sus actos, la salvación; pero la verdad es que la salvación es siempre un don gratuito de Dios, nunca merecido por el hombre. Lo que Dios pide al hombre (sea bueno o malo, pecador o santo, justo o injusto) es que acepte el don de Dios, escuche la llamada de Jesús y, sin objeciones, con total confianza y disponibilidad, acepte la invitación para seguir a Jesús, para ser su discípulo y para integrar la comunidad del "Reino".

3.3. Actualización

La reflexión y el compartir de esta Palabra puede hacerse contando con los siguientes datos:

- ✚ La cuestión esencial es esta: Dios tiene un proyecto de salvación y de vida plena que ofrecer, de forma gratuita, a todos los hombres. Esa salvación es un regalo y no algo que nosotros podemos exigir de Dios. Todos los hombres están llamados a

formar parte de la comunidad del "Reino": Dios no excluye ni discrimina a nadie. Lo que es decisivo no es el cumplimiento de las leyes y de las reglas, sino la forma como respondamos a la llamada que Dios nos hace. Podemos quedarnos en una actitud de autosuficiencia, pensando que no necesitamos de ese don de Dios porque cumplimos los mandamientos y creer que Dios no tiene otra solución que salvarnos; o podemos escuchar la llamada de Dios, unirnos a su propuesta, hacernos discípulos, seguir confiadamente a Jesús en su camino de amor y de entrega. De acuerdo con la catequesis de Mateo, la primera actitud nos excluye de la comunidad de la salvación, en cuanto que es la segunda actitud la que nos integra en la comunidad del "Reino".

¿En qué actitud me encuentro?

- ✚ La historia de Mateo nos da algunas indicaciones acerca de la forma en que hemos de responder a la llamada de Dios. Mateo, invitado por Jesús a formar parte de la comunidad del "Reino", valoró todo como secundario, abandonó sus proyectos personales (que pasaban por la apuesta por los bienes materiales, aunque fueran conseguidos a través de la explotación y de la injusticia) y se marchó detrás de Jesús.

¿Es esta respuesta rápida, decidida, radical, plena, la que yo doy ante los desafíos que Dios me presenta?

¿El "Reino" es, para mi, algo fundamental, que está por encima de todos los otros valores, o es un proyecto secundario, que me ocupa en las horas libres, pero que no es una prioridad en mi vida?

- ✚ La Palabra de Dios que aquí se nos propone sugiere, también, que en la comunidad del "Reino" no hay cristianos de primera y cristianos de segunda (según cumplan o no las leyes y las reglas). Lo que hay es personas a las que Dios llama y que responden o no a su invitación. De cualquier forma, no puede haber en la comunidad cristiana ningún tipo de discriminación o de marginación...

SUGERENCIAS PRÁCTICAS

10º DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

1. La liturgia meditada a lo largo de la semana.

A lo largo de los días de la semana anterior al 10º Domingo del tiempo Ordinario, intentad meditar la Palabra de Dios de este domingo. Meditadla personalmente, una lectura cada día, por ejemplo. Elegid un día de la semana para la meditación comunitaria de la Palabra: en un grupo parroquial, en un grupo de padres, en un grupo de un movimiento eclesial, en una comunidad religiosa.

2. Una “noble sencillez”.

En la vuelta al tiempo ordinario en la liturgia (ya en el domingo pasado), se nos invita a economizar medios. Después de una larga serie de domingos festivos, nos reencontramos con el tiempo ordinario. La celebración vuelve a su aspecto ordinario (¡Que no significa rutina!), tal vez con menos cantos y con menos centros florales y moniciones. Es el tiempo para dejar que las comunidades, de forma serena, se reencuentren con su Señor. La “noble sencillez” recomendada por el Concilio encuentra, en el tiempo ordinario, un momento favorable para expresarse. El silencio y la economía de símbolos reforzarán las palabras, los gestos y símbolos habituales de la liturgia dominical.

3. Una misma aclamación al Evangelio.

Estamos en el tiempo ordinario. Del domingo 10º al 14º, los textos bíblicos se centran en la misión de la Iglesia. Podemos, pues, unificar estos cinco domingos a través de una misma aclamación al Evangelio o de algún canto sobre la misión, repetido todos los domingos.

4. Oración en la lectio divina.

En la meditación de la Palabra de Dios (lectio divina), se puede prolongar la acogida de las lecturas con la oración.

Al final de la primera lectura: *Bendito seas, Dios nuestro, por la comunión que nos ofreces; lo que te agrada, no son los grandes dispendios, sino un corazón amable, el deseo de conocerte en todo momento y la fidelidad de nuestros pensamientos. No permitas que te olvidemos, presérvanos de los sentimientos evasivos, sostén nuestra debilidad por medio de tu Espíritu.*

Al final de la segunda lectura: *Padre Nuestro, te glorificamos por los modelos de fe que nos diste a través de Abrahán, pero sobre todo por medio de Jesús; él murió por nuestros pecados y tú lo resucitaste para nuestra justificación. Que tu Espíritu reavive nuestra fe, que estemos plenamente convencidos de que cumples tus promesas, nuestra resurrección.*

Al final del Evangelio: *Dios y Padre nuestro, te damos gracias por la primera venida de tu Hijo, pues él se hizo tan próximo a nosotros, se sentó a la mesa de los pecadores, para invitarnos a seguirle. Te pedimos por todas nuestras comunidades: que tu Espíritu nos haga acogedores para con todos nuestros prójimos y que nuestras asambleas sean signo vivo de la universalidad de tu salvación.*

5. Plegaria Eucarística.

Podría optarse por la Plegaria Eucarística para la Reconciliación I, en armonía con la primera lectura y con el Evangelio

6. Palabra para el camino.

“¡Sígueme!”

¡Es asombroso contemplar a Mateo, el publicano, levantarse inmediatamente y seguir a Jesús!

El poner en práctica nuestra fe en Cristo se expresa a través de gestos concretos en nuestra vida cotidiana. ¿Cuáles serían para nosotros esos gestos?

Bellas ideas y proyectos muy generosos permanecen estériles quedándose en letra muerta.

¿Nuestro amor es tan consistente como “nube mañanera, como rocío de madrugada que se evapora”?

¡Comprobadlo!